

DON JULIO CARO BAROJA

(Entre la honestidad y la desesperanza).

Puri Gutiérrez

Triste fue mi última visita a Vera del Bidasoa. No podía compensar mi melancolía el ver su bella iglesia y hasta las calles de la Villa llenas de gente deseosa de honrar a don Julio Caro Baroja que acababa de dormirse para siempre. Un hombre a quien definí hace tiempo como enamorado de Vera que revolvió papeles con polvo de siglos a la búsqueda del conocimiento profundo del Pueblo Vasco.

En los últimos tiempos me había ido embargando la sensación de que don Julio iba poco a poco durmiéndose dulcemente. Voluntarioso y servicial como siempre, la memoria comenzó a contrariarle y una promesa de hoy podía mañana convertirse en olvido. Tal vez por ello, la última vez que visité *Itzea*, los cálidos recuerdos familiares que renacían al recorrer con él sus dependencias me parecieron sólo gestos estáticos, penumbras inciertas, acumulación abrumadora de pasado. Mudo recuerdo convertido en gesto, como el de las delicadas figuritas orientales bajo la campana de cristal que al contacto acariciador de los dedos de don Julio, ¡tantas veces! repitieron su oscilante cabeceo.

Quiero por eso olvidar los últimos tiempos y rememorar otros momentos de encuentro con el personaje entrañable. Como el de aquella primera vez, también en *Itzea*, con la sorpresa de su gran dignidad preñada de sencillez. Descubrí entonces que don Julio era un hombre eminentemente trabajador. Abierto y deseoso de apoyar a quien amara el trabajo y la investigación, para quien su gran biblioteca estaba abierta.

Descubrí también la gran admiración que profesaba a sus tíos Pío y Ricardo Baroja, y particularmente al gran escritor a quien tanto se parecía don Julio y a quien creo deseaba conscientemente parecerse.

Hablaba con solicitud también de sus orígenes italianos en los que quizá se enredaban sus aficciones pictóricas. Por aquel tiempo -mucho antes de que se realizara la primera exposición de sus pinturas- desde una de las más altas ventanas de *Itzea*, atrapaba el verdor del paisaje vasco, quejándose de los continuos cambios de luz que se le escapaban en la lentitud obligada de su afición.

Era la primera vez que conversábamos y no mostraba prisa ni impaciencia ante la curiosidad de mi visita. Me mostraba los cuadros de don Ricardo y las novelas de don Pío editadas en múltiples idiomas, la mecedora junto a la cama de metal, la colección de láminas, recuerdos marineros de algún antepasado, el retrato de su madre... Recuerdo que hasta comentó cuál había sido su comida aquel día, bien frugal ciertamente. Y para colmo de mi admiración hasta se ofreció a acompañarme por las calles de Vera del Bidasoa para mostrarme su belleza señorial e irme indicando ciertos rincones que inspiraron las novelas de aquel médico vasco que fue su tío Pío Baroja.

Gentes del pueblo gustan de recorrer la Casa-Museo de los Baroja, en Vera

Ante la mansión de los Alzate hice una diapositiva con aquella mi primera cámara de 6x6 como antes había tomado otras dentro de Itzea sin que faltara la clásica junto al busto de bronce de su tío el famoso escritor.

Ofrecí a don Julio algunas de aquellas diapositivas. Otras las perdí junto con el texto de una de las entrevistas que le hice un tiempo después en la que centramos nuestra charla precisamente en el paralelismo de las vidas de tío y sobrino y su actitud ante la religión, la sociedad, la mujer... Estrenaba yo aquel día un magnetófono y no tomé notas. Falló el registro y no atreviéndome a reflejar sus respuestas directamente de mi memoria hube de completarlas acudiendo precisamente a su libro "Nosotros los Baroja".

Vagamente recuerdo que le agradó que le comparara con su tío; que compartía con él su espíritu crítico pero demostraba una gran dosis de respeto; que estuvo una vez a punto de casarse; que valoraba el saber, despreciando los títulos pero que este criterio al no ser compartido le había traído problemas personales.

Por aquel tiempo dirigía la revista "Mundo Hispánico" un afamado periodista que se quedó con mi entrevista y las mejores diapositivas con intención de publicarla. Sospecho que no tanto por la bondad de mi trabajo como por el deseo que, según me confesó, tenía de congraciarse con don Julio. Me explicó el director de la publicación que nuestro etnólogo se había enfadado con él y con otro periodista que el día del entierro de don Pio Baroja se habían presentado en el último momento a realizar tareas informativas, considerando don Julio que no habían sido respetuosos con el dolor de la familia.

Pude en otra ocasión entrevistar a don Julio en su casa de Madrid junto al parque del Retiro. Cuando le vi en Vera la primera vez me había parecido una persona feliz, cordial, austera, tranquila, mas en Madrid le encontré desanimado, apático. Y se lo dije.

- *Altibajos en la salud. La diabetes que me deprime un poco.* Y como un pequeño secretillo me confió. - *Es que en Madrid no me siento a gusto.*

Tampoco se hallaba demasiado a gusto con la dirección hacia la que por entonces parecía abocada la sociedad.

- *Yo que no he sido ni conservador en política, ni enemigo del cambio social, me quedo boquiabierto de la inconsciencia con que se acepta todo sin ver los pros y los contras.*

Releyendo aquella añeja entrevista estoy volviendo a encontrarme con un maestro. Hablamos aquel día del hombre en épocas pasadas, ese hombre estudiado por él el cual yo le pedía comparase con el hombre de nuestro siglo. Hablamos también del progreso científico y del progreso humanístico.

- *El tratado de cómo se hacen las cosas -me decía- está condensado, acumulado en recetas, manuales y enciclopedias. Pero en la vida pública y en la moral nos encontramos con los desastres bélicos y sociales que se han dado en nuestro siglo XX. ¡Tanta crueldad y bestialidad! ¿Qué significa la acumulación de saberes si el hombre se comporta tan bestialmente como un tirano de Asiria o de Egipto?*

- *¿Cree que la barbarie está en el fondo del hombre? - le pregunté aquel día.*

- *De algunos hombres con tendencia a dominar. Y en el fondo de la masa. Un mundo masificado solo puede ser igual a sí mismo.*

Y al preguntarle qué le había aportado a él como persona el estudio del ser humano, me respondió:

- *Me ha sorprendido que un hombre con pocos medios, con escasos conocimientos, con poca base cultural, puede llegar a tener unas cualidades de personalidad tan estimables como otro hombre lleno de posibilidades de refina-*

miento. Esto me impresiona. Y siento cada vez más respeto a lo que ahora la gente considera no progreso y no cultura y no civilización. Un hombre, o una mujer que tienen un principio de bondad básico no necesitan saber más ni menos, menos ni más que quien ha estudiado y puede llegar a ser un bellaco. No necesitan más para ser personas. Aunque sí lo necesiten para vivir mejor... según las pautas actuales.

Con la obsesión actual de adquirir muchas cosas se han perdido otras que antes disfrutaba la gente: Ocio, holgura... trabajaban sin darse cuenta de que trabajaban. Me acuerdo de mi tío Ricardo o de Valle Inclán. Se pasaban la vida perorando, charlando en los cafés, trasnochando. Se podía pensar que eran unos vagos. Sin embargo, la labor que hicieron es mucho mayor que la de otros que subían y bajaban y hacían cosas, quemando su vida muchas veces. Hoy se puede trabajar mucho y trabajar bien, pero ¿qué se hace de la persona?

Julio Caro Baroja, hombre honesto. Pesimista también. Al hablar de los pueblos donde él realizaba sus investigaciones etnográficas se lamentaba del éxodo rural y de la absorción del campesino en la vida urbana.



A Julio Caro Baroja le gusta mostrar a los visitantes la casa de Itzea

- *Ya no hay jóvenes en los pueblos -decía- sólo viejos desesperados y niños en la inopia. Los pueblos se desmoronan. Y uno se dice: Se muere esto, se muere lo otro... y no es atractivo dedicarse a firmar actas de defunción. Porque nosotros hemos vivido muchas cosas con alegría. Es decir: El hombre que iba río abajo en las almadías era un hombre vivo. Y joven. Y lo hacía como su padre o su tatarabuelo. Ahora, prepararse a filmar la última almadía que va a hacer un hombre de sesenta y cinco años... es triste. Cosas que han sido. Y esto ya no. Y esto tampoco. Y en sustitución ¿qué? El pueblo vacío, la provincia descompuesta los paisajes adulterados, la urbe insoportable, los nuevos ricos haciendo lo que les viene en gana.*

Se alegraría don Julio de haber oído hace pocas semanas el clamor campesino exigiendo que no se lleven a los adolescentes a estudiar a las ciudades para que no pierdan sus raíces. Se alegraría de saber que la gente se está volviendo a enamorar del campo y de la paz silvestre.



Alzate - Mansión sugeridora de una de las novelas de Pio Baroja



Itzea

Caro Baroja estaba en desarmonía con las llamadas a la sociedad de consumo y con la imposición de la industria y el dinero. No estaba de acuerdo en "hacer fábricas y contaminar ríos por el sagrado jornal y el sagrado capital".

- Se han hecho las cosas más desafortunadas del interés individual en nombre de la industria, de la técnica, pero no del bien común. El País Vasco tendrá su destino, pero se está hundiendo, se está degradando, se está depauperando, se está muriendo. Y lo habrán hecho en nombre del progreso pero yo no lo puedo creer. Ha sido en nombre del dinero.

Por aquel tiempo apenas se vislumbraban otras causas que habrían de contribuir también al hundimiento y a la degradación de Euskadi. Causas sustentadas en nombre del amor a la patria que tampoco son para creer pues el amor es creativo no destructor.

Sufría Caro Baroja con la realidad social que no le gustaba, pero confiaba en el Pueblo, con sus recursos de vitalidad y de fuerza. Añoraba los años de su juventud, cuando conoció a Ortega, Unamuno, Azorín y García Lorca. Añoraba también las tertulias.

- Ya no quedan tertulias, ni cafés. Sólo las tertulias y el café con leche de los empleados de los ministerios a las once de la mañana cuando deberían estar trabajando...

Era don Julio individualista de una forma peculiar. Él mismo me lo explicaba:

- Existe el hombre altruista, con un programa social general... pero hay otros hombres y mujeres que no ven tanto lo colectivo como lo individual. Yo no simpatizo con una clase social determinada. Yo veo a cada persona individualmente. Me encuentro con un analfabeto, listo o tonto, y ahí puedo tener humanidad. Hay mucha gente con inquietudes sociales

que piensa en el prójimo en abstracto. La acción social altruista con un grupo de políticos o de sacerdotes es cosa de otros. Mi interés humano se centra en lo concreto. ¿Cómo tratar a un subalterno? ¿Cómo aguantar a un vecino antipático? Ahí está la cuestión. Creo que esta actitud es menos común a causa de la falta de interés de la gente por lo psicológico.

Además de un hombre honesto don Julio Caro Baroja era un hombre sabio. Si antes hubiera comenzado yo a trabajar en mis investigaciones históricas sobre la Edad Media y antes hubiera podido consultar con él sobre mis hipótesis, estoy segura de haber hallado en él la más desinteresada ayuda. Pero cuando quise comunicarme con él, pocos meses antes de su fallecimiento, ya su mente tropezaba con lagunas, y aquel borrador que me prometió leer con interés quedó arribado en su mesa de gran trabajador.

No obstante, de los tiempos de su amable paciencia y de su lúcida sinceridad conservo todavía el siguiente consejo:

- La vida de quien se dedica a la investigación histórica, etnográfica y antropológica es de ilusiones muy limitadas, un poco ascética en el ideal. El que quiera éxitos, triunfos, satisfacciones, que se dedique a otra cosa. El trabajo del historiador ni siquiera puede compararse al del científico que descubre algo en plena juventud o encuentra una teoría brillante. Esto es algo más oculto, nunca se llega a la persuasión. Creer que se ha llegado a la gran teoría es equivocarse por principio. En Historia, en Antropología, en Etnografía, lo que interesa es la Ciencia en sí, no la meta.

Por amor a la Ciencia seguiré trabajando como él y tantos otros hicieron. Sabiendo las grandes dificultades que me separan de la gran teoría. Pero creyendo que puede existir, pues de lo contrario me sería imposible perseguirla.